

BIBLIOTECA SELECTA
JULIO VERNE

LAS INDIAS NEGRAS

PRIMERA PARTE



RAMON SOPENA EDITOR PROVENZA 93-97 BARCELONA

12 C-1 his
81



00054149

APROBACION ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

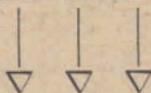
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 22 de Junio de 1925
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUAN FLAQUER

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.,
Serio. Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



JULIO VERNE

LAS INDIAS NEGRAS

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO DE ABERFOYLE

29.148



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

LAS INDIAS NEGRAS

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO DE ABERFOYLE

I

Era la mañana del 3 de diciembre de 18...

El ingeniero Jacobo Starr encontrábase tranquilamente sentado en su despacho, en la ciudad de Edimburgo, cuando su criado le presentó una carta que se acababa de recibir.

El ingeniero examinó el sobrescrito tratando de averiguar la procedencia de la misiva; pero, como este examen no le diera el menor resultado positivo, se decidió a leer la carta, que decía así:

«Señor Jacobo Starr.—Se le ruega encarecidamente que se presente mañana en las minas de Aberfoyle, galería Dochart, pozo Yarow, donde se le comunicará una noticia de sumo interés.



...examinó el sobrescrito tratando de averiguar la procedencia de la misiva... (Pág. 5.)

» Enrique Ford, hijo del antiguo capataz Simón Ford, lo esperará durante todo el día en la estación de Callander.

» Importa mucho que el señor Starr guarde absoluta reserva acerca de esta carta.»

Terminada la lectura y después de algunos minutos de reflexión, el ingeniero, como quien acaba de adoptar una resolución definitiva, dijo en voz alta :

— Iré.

E inmediatamente, y en previsión de que su ausencia se prolongara algunos días, escribió al

presidente del *Instituto Real*, de cuya sociedad científica era uno de los miembros más distinguidos, notificándole que no podía asistir a la próxima sesión.

Después, arrellanóse en el sillón en que estaba sentado, cerró los ojos y quedóse abismado en profundos pensamientos.

¿En qué pensaba? Indudablemente en las minas de Aberfoyle, de las que había sido ingeniero jefe durante veinte años, y donde había conquistado la estimación general, no sólo por sus conocimientos científicos, sino también por la bondad con que había tratado a los obreros, de quienes fué un verdadero padre.

Pero hacía diez años que las citadas minas habían quedado completamente agotadas, según la opinión de los peritos, y, tras el carro que se llevó la última tonelada de carbón, salió Jacobo Starr, dejando en pos de sí muchos corazones agradecidos.

Los miles de obreros que se habían hasta entonces dedicado a extraer de la tierra la hulla o carbón mineral con que se alimentan los hornos de las fábricas, de las locomotoras y de los buques de vapor, y que ha dado vida a un gran número de industrias, disemináronse por el condado de Stirling para dedicarse al cultivo de los campos, pasando de mineros a agricultores.

El ingeniero recordaba que, cuando se despidió de los mineros que habían trabajado a sus órde-

nes, uno de ellos, que desempeñaba las funciones de capataz y que por su laboriosidad e inteligencia era muy estimado, no había querido abandonar la morada subterránea en que hasta entonces había vivido, resistiéndose a creer que las minas de Aberfoyle estuviesen completamente agotadas, a pesar del resultado negativo que habían dado las investigaciones practicadas para encontrar nuevos filones.

Este honrado capataz era Simón Ford, el autor, indudablemente, de la carta que acababa de recibir Jacobo Starr.

—¡Hasta la vista, señor!—habíale dicho aquél al ingeniero, hacía diez años—. ¡Hasta la vista!

—Sí, tendré mucho gusto en verlo en Edimburgo—habíale respondido Jacobo Starr—. Mi casa estará siempre a su disposición, y siempre que a ella vaya será bien recibido, Simón.

—No, señor—repuso el capataz—, yo no saldré de la mina, que es nuestra madre, porque nos ha alimentado. Mi mujer, mi hijo y yo le seremos fieles y no la abandonaremos nunca. Dios nos protegerá, porque Dios no abandona a los que confían en su misericordia infinita.

—Entonces, Simón, no es fácil que volvamos a vernos, porque yo no pienso abandonar tampoco mi casa de Edimburgo para venir aquí, donde nada tengo que hacer ya, y donde me apenaría entrar, tanto por lo menos como cuando entro en un cementerio.

—¡A pesar de sus propósitos, señor Starr, hasta la vista!—insistió Simón Ford.

El ingeniero no quiso desvanecer la ilusión del bondadoso capataz, que parecía ser feliz con ella, y alejóse de las minas para retirarse a la capital de Escocia, ciudad importante que ha tenido la gloria de ser cuna del novelista Walter Scott, del historiador Tomás Macaulay y del filósofo David Hume.

Y en la mina abandonada siguió viviendo, efectivamente, Simón Ford, que contaba entonces cincuenta y cinco años de edad, en compañía de su esposa Margarita, y de su hijo Enrique, que acababa de cumplir los quince años.

Esto lo recordaba perfectamente el ingeniero en todos sus detalles a pesar de los diez años transcurridos y, como conocía la seriedad de Simón Ford, al recibir el aviso que éste le daba, no tardó en decidirse a acudir a su llamamiento.

—¿Qué noticia será la que tiene que comunicarme el buen Simón? Puesto que se me cita en la mina, algo que con la mina se relacione tiene que ser. ¿Habrá descubierto, acaso, algún nuevo filón que explotar?—preguntábase una y mil veces el ingeniero, que concluía siempre respondiéndose a sí mismo— : ¡Imposible! Sin embargo, iré.

A las seis de la tarde, hora en que se hacía el reparto de la correspondencia que los últimos correos llevaban a Edimburgo, el criado le entregó

otra carta, cuya dirección había sido escrita por una mano poco hábil en el manejo de la pluma.

El ingeniero se apresuró a leerla, quedándose muy sorprendido al enterarse de lo que se le decía.

«La carta de Simón Ford no tiene ya objeto y es, por consiguiente, completamente inútil que el señor Starr se ponga en camino.»

Tales eran los términos en que estaba redactada esta segunda misiva, que, a pesar de ser anónima, preocupó al destinatario más que la primera.

Esto no obstante, el señor Starr no desistió de ponerse en camino, suponiendo que alguien tenía intención de desbaratar los proyectos de Simón Ford.

Siendo evidente que las dos cartas no habían sido escritas por la misma mano, el ingeniero daba más crédito a la primera que a la segunda.

Al día siguiente, levantóse a las cinco de la mañana, dió sus últimas disposiciones al criado, se puso un traje de viaje, abrigándose mucho porque era muy sensible al frío, y, tomando su maleta, salió de su casa, sita en la calle de Canongate, y se encaminó al muelle de Granton, para embarcarse en el vapor que, por el lago Forth, debía conducirlo en tres horas a Stirling.

La mañana era muy fría, y una lluvia menuda, pero incesante, caía sobre la hermosa capital de Escocia, cuyas calles estaban a la sazón poco transitadas.

Jacobo Starr dirigióse a pie a la estación del «ferrocarril general», llegando media hora más tarde al pequeño pueblecillo de New-Haven, situado a una milla de Leith, que forma el puerto de Edimburgo.

En aquel momento, la marea ascendente cubría



...tomando su maleta, salió de su casa... (Pág. 10.)

la playa pedregosa del litoral, y la campana del barco *Príncipe de Gales*, amarrado al muelle de Granton, llamaba a los viajeros retrasados.

El ingeniero no fué el último en acudir, y, aunque la lluvia caía entonces con violencia, quedóse sobre cubierta, examinando atentamente a todos

los pasajeros por si entre ellos descubría al autor anónimo de la carta en que se le decía que su viaje no tenía ya razón de ser.

Jacobo Starr no conocía ni podía adivinar la procedencia de la misiva anónima; pero temía que, si alguien estaba interesado en que no acudiera al llamamiento de Simón Ford, no dejaría de ponerle dificultades tratando de impedirle que llegara a las minas de Aberfoyle. Sus temores resultaron infundados, porque ni tuvo que vencer dificultad alguna ni vió a pasajero alguno que le inspirase recelos.

—¡Bah!—pensó—. Sin duda, ha creído mi anónimo corresponsal que su extraña misiva ha sido suficiente para impedir que emprenda el viaje.

Y, por el momento, dejó de pensar en el asunto.

Tan pronto como el *Príncipe de Gales* se acercó a la costa, en Stirling, desembarcó el ingeniero, quien cinco minutos después subía al tren que debía conducirlo a Callander, pueblo de bastante importancia, situado en la orilla izquierda del Teyth, donde, según la carta de Simón Ford, debía ser esperado.

II

En el momento en que Jacobo Starr apeóse del tren, un joven que esperaba delante de la estación, acercóse a él como si lo conociera, con el sombrero en la mano.

—¿Eres Enrique Ford?—le preguntó el ingeniero sin más preámbulos.

—Para servirlo—le respondió el joven.

—¡No te habría conocido, buen mozo! Has crecido como la mala hierba y estás hecho un gigante. Verdad es que el tiempo no pasa inútilmente y hace ya diez años que no nos hemos visto.

—Yo, en cambio, he conocido a usted en seguida, señor Starr—respondió el joven—. Está usted lo mismo que el día en que se despidió de mí en la mina Dochart. ¡Jamás olvidaré que en aquella ocasión me dió usted un abrazo!

—¿Tus padres se encuentran bien de salud?

—Sí, señor; ambos están buenos, gracias a Dios.

—¿Tu padre me espera en el pozo Yarow? ¿Es él quien me ha escrito?

—Mi padre lo espera efectivamente; pero fui yo quien escribió la carta.



...acercóse a él como si lo conociera, con el sombrero en la mano. (Pág. 13.)

—¡ Ah !—exclamó el ingeniero, con sorpresa—. Entonces, ¿ ha sido tu padre quien me ha escrito una segunda carta, en la que me decía que no emprendiera este viaje ?

—No, señor ; mi padre no ha escrito a usted carta alguna.

—¿ No me ha escrito, dices ?—insistió el ingeniero.

—No, señor—repuso el joven minero.

—¡ Bien ! Pero, ¿ puedes decirme qué desea de mí el viejo Simón ?

—Señor Starr, desea ser él quien le entere de lo que ocurre.

—En ese caso, no insisto. Y, a propósito, ¿dónde vivís?

—En la mina Dochart. Ya conoce usted a mi padre; allí ha nacido y allí desea morir. No hemos abandonado la mina un solo día, y, como nos amamos y tenemos pocas necesidades, estamos contentos en nuestra vivienda subterránea.

—En marcha, pues.

Y, dicho esto, Jacobo Starr y Enrique Ford, uno en pos de otro, atravesaron las calles de Callander, que diez minutos más tarde dejaron tras de ellos.

Enrique Ford, que a la sazón tenía veinticinco años de edad, era un joven alto, vigoroso e inteligente, que, si la mina no hubiera sido abandonada, habría sin duda alguna sucedido a su padre en el cargo de capataz, pues aunque no había abandonado el pico durante los primeros años de su vida, poseía ya conocimientos suficientes para desempeñar un cargo superior al de simple obrero.

El joven, que llevaba el pequeño equipaje del ingeniero, veíase con frecuencia obligado a moderar el paso para no distanciarse del señor Starr, quien, a pesar de ser un excelente andarín, no podía seguir con facilidad a su guía.

Ambos siguieron la margen izquierda del río durante un trayecto de media milla, y, después, entraron en una senda abierta al través de un

bosque de grandes árboles, por cuyas hojas resbalaban las gotas de agua que la lluvia iba depositando sobre el espeso ramaje.

Jacobo Starr contemplaba, profundamente impresionado, aquellos campos, en que la vida agrícola había substituído a la vida industrial, más activa y bulliciosa.

Diez años antes, la población minera animaba aquel territorio, los raíles gemían bajo el peso de los vagones, pasaban constantemente grandes carros cargados de carbón y el aire llevaba por doquier, en sus alas invisibles, los silbidos e incesante traqueteo de las máquinas. En la actualidad, todo aquel ruido había cesado, y Jacobo Starr, mirando en torno suyo con tristeza, creía recorrer un desierto.

Las minas de hulla, a que los ingleses llaman *Indias Negras*, porque efectivamente han contribuído, tanto o más que las Indias Orientales, a aumentar la sorprendente riqueza del Reino Unido, habían dejado de producir carbón, elemento indispensable de la vida industrial, y los numerosos operarios que se ocupaban en arrancar los tesoros a la tierra, al cesar en su trabajo, habíanse dispersado por los pueblecillos del condado, convirtiéndolo en campo de desolación y de tristeza lo que antes había sido centro de animación y de bullicio.

—¡ Sí, Enrique—decía el ingeniero al joven—,



El joven, que iba delante, elevaba la lámpara por encima de su cabeza... (Pág. 19.)

encuentro tan transformado el territorio, que me apenas contemplarlo!

—Efectivamente—asentía el minero—, todo ha sufrido una notable transformación. La faena era ruda; pero se soportaba con resignación y hasta con alegría, porque era la riqueza del país. Además, interesaba como toda lucha.

—Tienes razón, hijo mío, se luchaba constantemente contra los desprendimientos, contra los incendios, contra las inundaciones, contra el gas del carbón... ¡La lucha era incesante!

—¡Es una desgracia—exclamó el joven—que todo el globo terráqueo no esté compuesto exclusivamente de carbón!

—Todas las obras de Dios son perfectas, y la Providencia ha sido previsora al formar nuestro esferoide principalmente de otras materias incombustibles, porque, en otro caso, los hombres habrían concluido por quemar todo el globo. Indudablemente, hijo mío, Dios hace bien todo lo que hace.

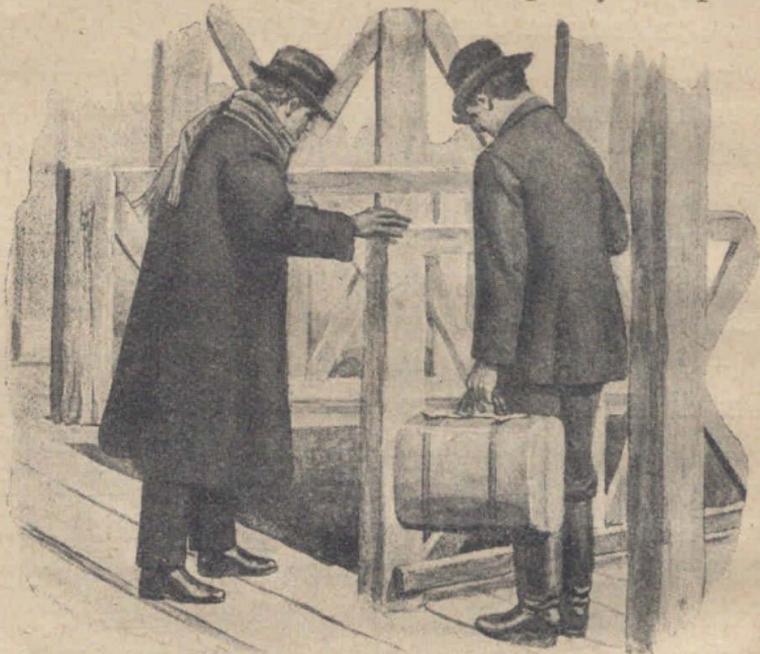
Y así, sin cesar de hablar, proseguían con paso rápido su marcha el ingeniero y el joven Enrique Ford, quienes, una hora después llegaban a las agotadas minas de hulla y se detenían ante la boca Dochart.

—¡Qué desolación!—exclamó Jacobo Starr mirando a su acompañante—. ¡Qué estragos hace el tiempo! Parece que la muerte ha pasado por estos

lugares donde, diez años atrás, reinaban la actividad y la alegría.

Enrique Ford guardó silencio.

El hombre de ciencia y el obrero manual penetraron bajo la techumbre que cubría el orificio del pozo Yarow, desde donde, en épocas más prós-



...se detenían ante la boca Dochart. (Pág. 17.)

peras, se oía el soplo poderoso del aire aspirado por los ventiladores.

Jacobo Starr y el minero pusieron el pie en el primer peldaño de una escala que daba acceso a las galerías inferiores.

Cuando aquellas Indias Negras estaban en la

actividad de su producción, había ingeniosos aparatos provistos de paracaídas automáticos para descender a las entrañas de la tierra y subir a la superficie, pero ya sólo quedaba una serie de escalas, separadas de cincuenta en cincuenta pies por estrechas mesetas. Treinta de estas escalas, una a continuación de otra, permitían descender a una profundidad de mil quinientos pies, donde se encontraba la base de la galería inferior.

—¿Tienes lámpara para alumbrarnos, Enrique?—preguntó el ingeniero.

—Sí, señor—respondió el joven—, una lámpara de aceite, porque, como ahora no hay que temer que se inflame el grisú, no hacen falta las lámparas de seguridad que usábamos en otro tiempo.

—Efectivamente, ahora, por desgracia, no son de temer las explosiones.

Enrique Ford encendió la lámpara y, luego, dijo :

—Estoy a sus órdenes, señor Starr.

Uno y otro empezaron el descenso.

El joven, que iba delante, elevaba la lámpara por encima de su cabeza para iluminar mejor a su compañero, quien observaba con curiosidad el revestimiento de madera, ya medio podrido, de las paredes del sombrío pozo.

—Descansa un poco, hijo mío—dijo el ingeniero, cuando llegaron a la quinta meseta—, porque mis piernas no son tan fuertes como las tuyas y, naturalmente, me canso antes que tú.

—Sin embargo, no le falta resistencia, señor Starr—repuso el minero deteniéndose—. Bien se advierte que ha vivido usted mucho tiempo en las minas.

—¡ Ah ! Si tuviera tu edad, bajaría todas estas escalas sin detenerme a respirar una vez siquiera ; pero ya los años no me permiten hacer muchas valentías.

—Todavía, señor Starr, todavía se encuentra usted bastante fuerte.

—Vaya, adulator, prosigamos la marcha, porque ya he descansado lo suficiente para poder seguirte.

Pero, cuando Jacobo Starr y Enrique Ford se disponían a abandonar la meseta en que se encontraban, oyóse una voz lejana que parecía partir de las profundidades de la mina.

—¡ Eh !—exclamó el ingeniero deteniéndose—. ¿ Quién habla ? ¿ Es tu padre ?

—No, señor—respondió el joven—. No es mi padre.

—Entonces, será un vecino.

—Tampoco, señor Starr. En la mina no vive nadie más que nosotros y no tenemos, por consiguiente, vecinos.

—De todos modos, dejémosle pasar, porque los que bajan deben ceder el paso a los que suben.

Y Enrique Ford y Jacobo Starr permanecieron quietos esperando que llegara al lugar en que se encontraban el intruso cuya voz acababan de

oír, y que en aquel momento comenzó a cantar con magnífico y armonioso timbre una canción minera muy armoniosa.

—¡ La canción de los lagos !—exclamó Enrique Ford al oírla—. Seguramente es Juan Ryan el que canta.

—¿ Y quién es ese Juan Ryan que canta de un modo tan admirable ?—preguntó el ingeniero.

—Es un antiguo camarada de trabajo, un minero, joven como yo, que me profesa sincera amistad y que de vez en cuando viene a verme.

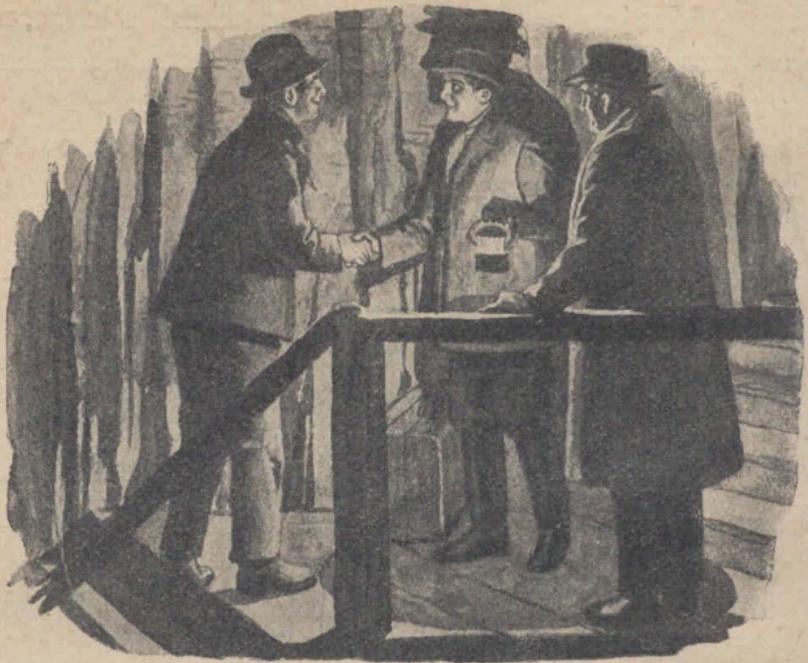
Algunos minutos después, un joven alto, de rostro alegre y agraciado, y de cabello blondo subido, ponía los pies en el descanso de la décimoquinta escala y estrechaba cordialmente la mano de Enrique Ford, diciéndole :

—Me alegro mucho verte, amigo ; pero, si hubiera sabido que ibas hoy a subir a la superficie de la tierra, me habría evitado la molestia de descender yo al pozo Yarow.

—El señor Starr—dijo Enrique presentando al ingeniero, al mismo tiempo que dirigía al rostro de éste el foco de la lámpara para que su joven amigo lo viera bien.

—¡ Ah, señor Starr !—exclamó Juan Ryan—. No lo habría reconocido. Como hace tanto tiempo que no trabajo en la mina, mis ojos no ven en la obscuridad.

—En cambio—repuso el ingeniero cariñosamente—, yo recuerdo muy bien a un rapazuelo,



...estrechaba cordialmente la mano de Enrique Ford... (Pág. 21.)

alegre como unas castañuelas, que siempre tenía una canción en la boca. ¿Eres tú aquel chiquillo?

—Sí, señor, porque yo canto siempre, hasta creo que nací cantando. Usted no lo censura, ¿verdad, señor Starr?

—No, hijo, no lo censuro; por lo contrario, lo apruebo, porque el que canta tiene la conciencia tranquila, y, cantando, alaba a Dios.

—Y bien, Juan, ¿a qué has venido?—preguntó Enrique.

—A invitarte a la fiesta del clan de Irvine. Bai-

laremos y cantaremos ; ya sabes que soy yo el que toca la cornamusa. ¿Irás?

—Si el señor Starr ha terminado ya su visita a la mina, iré con mucho gusto, porque también a mí me gusta divertirme. ¿Cuándo se celebra la fiesta?

—Dentro de ocho días, y no creo que el señor Starr prolongue su estancia aquí tanto tiempo.

—En efecto—dijo el ingeniero interviniendo en la conversación de los dos jóvenes—, no pienso permanecer aquí más de dos o tres días.

—En ese caso, acepto tu invitación—agregó Enrique—y te quedo muy agradecido por haberte acordado de mí.

—¡Bah! Entre camaradas antiguos, como nosotros—repuso Ryan—, eso no vale la pena de mencionarlo siquiera.

Y, dicho esto, estrecháronse las manos los jóvenes, despidióse cortésmente Ryan del ingeniero, y los tres reanudaron su interrumpida marcha : Enrique Ford y el señor Starr hacia las profundidades de la tierra ; Juan Ryan hacia la superficie.

Este último reanudó su interrumpida canción.

III

Un cuarto de hora después, Jacobo Starr y Enrique Ford encontrábase en la rotonda que formaba el fondo del pozo Yarow, de la que par-

tían las diversas galerías que en otra época más próspera habían servido para la explotación de aquellas Indias Negras.

La obscuridad era completa ; el silencio, absoluto. Allí donde en otro tiempo brillaban una infinidad de focos eléctricos y donde el chirrido incesante de los vagones que rodaban sobre los raíles no permitía a los mineros entenderse más que a gritos, reinaban ahora la paz augusta y solemne de los lugares desiertos y las sombras tenebrosas de una noche eterna, paz y tinieblas sólo comparables a las de la tumba.

—¿Quiere usted descansar?—preguntó Enrique al ingeniero tan pronto como se encontraron en el último piso de la mina.

—No lo necesito—respondió Jacobo Starr, y agregó— : Además, deseo llegar cuanto antes a la choza de tu padre, el viejo Simón.

—En ese caso, sígame usted.

Y, uno tras otro, internáronse ambos en una de las numerosas galerías que arrancaban de la rotonda que formaba el fondo de aquella profunda mina.

El joven, que iba delante, llevaba la lámpara en alto para iluminar mejor el camino al ingeniero; no obstante lo cual uno y otro tropezaban de vez en cuando con las traviesas de madera que, en la época de la explotación, habían sostenido los raíles.

Apenas habían recorrido veinte metros de aquel

tenebroso camino subterráneo cuando cayó una enorme piedra a los pies del ingeniero.

—¡Tenga usted cuidado, señor Starr!—gritó Enrique Ford agarrando a su acompañante por un brazo.

—¡Ah!—exclamó éste—. No se puede andar ya bajo estas viejas bóvedas, porque no ofrecen seguridad alguna. Bien lo ves, se ha desprendido una piedra enorme que, por milagro de la Divina Providencia, no me ha aplastado.

—No, señor Starr—repuso el joven minero—, no creo que esa piedra se haya desprendido casualmente en el momento en que pasamos nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que esa piedra ha sido arrojada con aviesa intención por la mano de un hombre.

—Explicate, hijo, explicate.

—Por ahora, nada más puedo decirle, señor Starr.

—Es que si no me dices qué es lo que temes no voy a estar tranquilo...

—Nada tema usted, señor Starr; no le amenaza ningún peligro. Agárrese a mi brazo y prosigamos la marcha.

—Adelante, pues—dijo el ingeniero, cogiéndose al brazo de su joven guía.

Pero no habían caminado mucho, cuando Enrique volvióse de pronto y trató de iluminar el mayor espacio posible de la galería detrás de él.

Había creído oír ruido de pasos, y así lo dijo

al señor Starr, que le preguntó a qué obedecía aquella repentina detención.

Sin duda se había equivocado, porque ninguno de los dos pudo distinguir entre las tinieblas a persona alguna que fuera tras ellos.

Sin embargo, desde aquel momento ambos continuaron la marcha con grandes precauciones, deteniéndose con frecuencia para tratar de sorprender, delante o detrás de ellos, algún ruido sospechoso o de distinguir alguna luz; pero detrás y delante sólo había obscuridad y silencio.

Al fin, salieron de la galería y se encontraron en una especie de plazoleta, que no era otra cosa que una vasta excavación, a la que llegaban algunos rayos de luz solar por la boca de un pozo abandonado, abierto en los pisos superiores, y que servía para ventilar la mina Dochart.

En aquel espacio, adonde a través de la bóveda de esquisto llegaba un poco de aire y de luz, habitaba Simón Ford con su familia, en una morada cavada en el mismo sitio en que máquinas poderosas habían funcionado en otro tiempo.

A aquella especie de guarida daba el viejo capataz el nombre de choza; pero se encontraba en ella tan complacido, que, aunque, merced a las economías hechas durante una larga vida de trabajo, podía vivir en cualquiera ciudad del reino, prefería estar sumergido a mil quinientos pies del suelo de Escocia.

Simón Ford procedía de una antiquísima fami-

lia de mineros que, habiendo penetrado en las entrañas del suelo de Caledonia a fines del siglo XIII, no habían vuelto a vivir en la superficie del planeta, transmitiéndose de generación en generación aquella herencia del trabajo honrado.

En las entrañas de la tierra nacían, y en ellas vivían satisfechos, ni envidiosos ni envidiados, con esa paz interior que producen al alma el temor a Dios y la tranquilidad de conciencia.

Como Dios está en todas partes, la familia Ford adoraba a Dios en las entrañas de la tierra, y Dios premiaba su piedad concediéndoles una larga vida y toda la felicidad de que pueden disfrutar en este valle de lágrimas los hombres limpios de corazón.

¡Bienaventurados sean porque ellos verán eternamente al Creador Omnipotente, bien sumo que pueden alcanzar los seres humanos que viven y mueren en la paz del Señor!

Simón Ford, que tenía pasión por su oficio, fué a los treinta años de edad capataz de la mina Dochart, la más importante de Aberfoyle, y en ella trabajó con celo extraordinario, sin que amargara su vida otra pena que la de ver disminuirse la riqueza mineral del subsuelo ni experimentar otro temor que el de que se agotara completamente el combustible.

Entonces, guiado por su instinto de minero, dedicóse a buscar nuevos filones, teniendo la fortuna de descubrir algunos; pero, al fin, llegó el temido momento de que faltara en absoluto la materia

combustible, y cesó la explotación de aquellas Indias Negras, que habían enriquecido a varias generaciones de propietarios.

El honrado capataz se desesperó ; pero no quiso abandonar la mina, y en los diez años que hacía que habían cesado los trabajos, apenas había subido a la superficie de la tierra media docena de veces.

Una idea fija lo sostenía : la de que la mina no estaba agotada, por lo cual no cesaba de recorrer las galerías buscando y observando con la esperanza de encontrar nuevos filones.

A mantener viva esta esperanza ayudábale su esposa Margarita, excelente mujer, hija también de mineros, que concentraba toda su felicidad en la humilde choza subterránea en que vivía con su marido y con su hijo.

A la puerta de esta choza encontrábase el matrimonio, cuando el ingeniero Jacobo Starr y Enrique Ford llegaron a ella.

Ambos esposos dispensaron al antiguo jefe un recibimiento cariñosísimo.

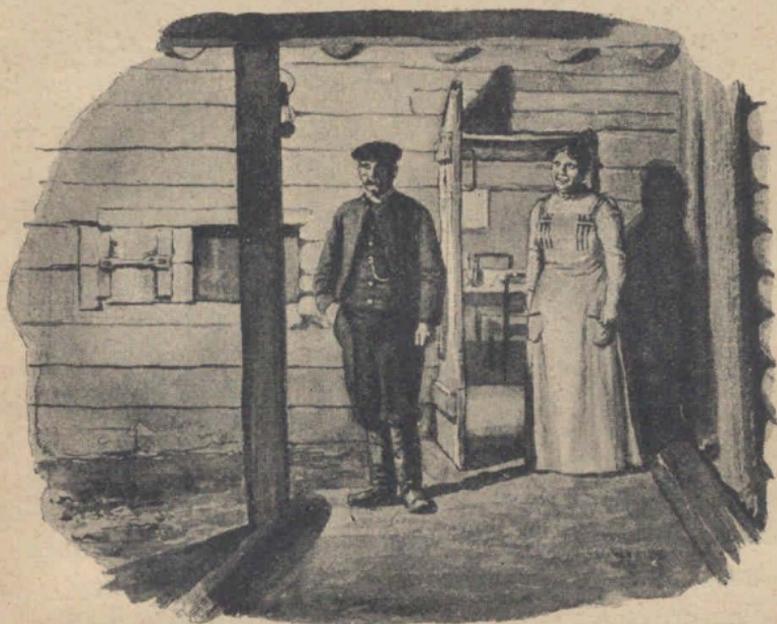
—¿ Tiene usted hambre, señor Starr?—preguntó el viejo Simón al ingeniero tan pronto como lo hubo saludado.

—El viaje me ha abierto las ganas de comer. ¡ Allá arriba hace un tiempo horrible!—repuso el señor Starr.

—¡ Ah! ¿ Llueve?—exclamó el capataz—. En cambio aquí no llueve nunca, y no es ésta la úni-

ca ventaja de que disfrutamos los que vivimos en este mundo subterráneo. Pero entremos pronto, señor Starr, porque la sopa nos espera.

Y, efectivamente, entraron todos en una espa-

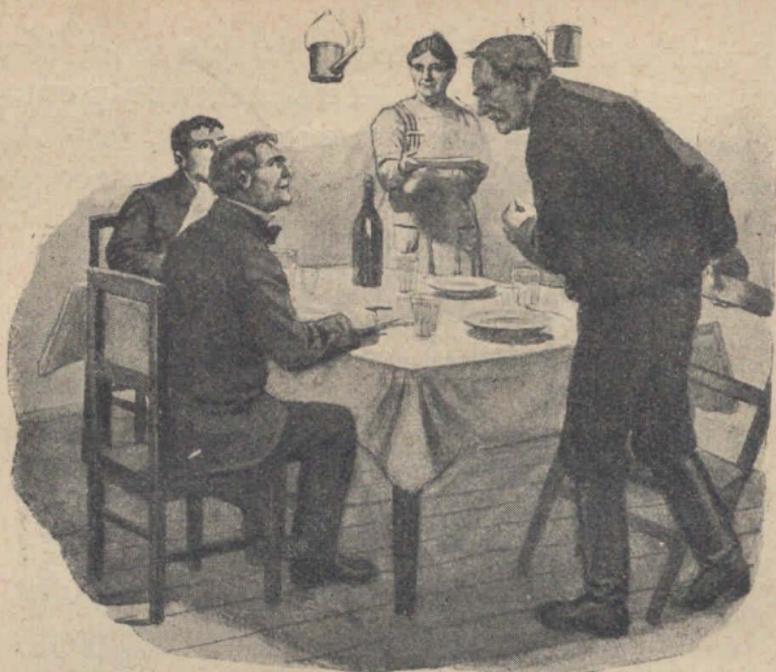


A la puerta de esta choza encontrábase el matrimonio... (Pág. 28.)

ciosa sala iluminada por varias lámparas que pendían del techo.

—Se me olvidaba decirte—agregó el capataz dirigiéndose a su hijo—que Juan Ryan ha estado aquí.

—Lo sé—respondió Enrique—, porque lo hemos encontrado en el camino.



—Entonces, a la mesa—dijo Simón Ford—, y almorcemos fuerte, porque probablemente no podremos volver a tomar alimento hasta muy tarde.

Jacobo Starr, Simón y Enrique Ford y la bondadosa Margarita tomaron asiento; pero, antes de empezar a almorzar, dijo el ingeniero:

—Simón, si desea que almuerce con apetito, respóndame a dos preguntas que voy a hacerle. Estoy muy preocupado y la preocupación quita las ganas de comer.

—Pregunte usted cuanto quiera—respondió el capataz—y procuraré complacerle lo mejor que pueda y sepa.

—En la carta que me escribió usted, me decía

que tenía que comunicarme un asunto de mucho interés y deseo saber...

—Efectivamente — interrumpió Simón —, es muy interesante lo que tengo que comunicarle ; pero nada le diré de este asunto hasta después que hayamos almorzado y nos encontremos en el sitio a que mi revelación se refiere.

—¡ Ah !—exclamó el ingeniero—. ¿ Se trata de una revelación? Pero, por lo menos, ¿ no puedo saber si esa noticia es interesante para mí, o sólo interesa a usted?

—Nos interesa mucho a los dos—se apresuró a responder el capataz.

—Comprendo—dijo el ingeniero creyendo adivinar qué era lo que el viejo Simón tenía que revelar ; y, sacando del bolsillo la carta anónima que había recibido, mostróla a su interlocutor preguntándole— : ¿ Sabe usted quién ha escrito esto?

El capataz tomó la carta, la leyó atentamente y, luego, entregándosela a Enrique, preguntó a su vez :

—¿ Conoces esta letra, hijo?

—No, padre ; no la conozco—respondió el joven después de haber examinado el anónimo— ; pero es indudable que hay quien ha pretendido evitar que el señor ingeniero viniera a las minas.

—¡ Oh !—exclamó, profundamente asombrado el capataz—. ¿ Quién ha podido adivinar mi secreto?

—En ese caso — dijo el señor Starr —, puesto

que no conocemos al autor de este escrito, despreciémoslo, y almorcemos tranquilamente.

—Sí, sí, almorcemos—repitió Simón, y, acto seguido, empezaron todos a comer una excelente sopa en la que nadaban pedazos de carne.

El almuerzo, que fué succulento y abundante,



—¿Conoces esta letra, hijo? (Pág. 31.)

duró más de una hora. Simón Ford y el ingeniero Starr hablaron animadamente de los tiempos pasados, recordando los esplendores de las minas, cuya explotación había enriquecido a toda la comarca.

Enrique Ford, por lo contrario, estuvo silencio-



...acababa de entrar, con tres lámparas de seguridad encendidas, de las cuales entregó una a su padre y otra al ingeniero... (Pág. 34.)

so. Sin duda alguna le preocupaban la piedra que había caído ante él y el ingeniero cuando ambos recorrían las galerías, y la carta anónima que el señor Starr había recibido.

Mientras almorzaban, el joven se había levantado dos veces para explorar los alrededores de la choza, como si temiera que algún ser misterioso fuera a sorprenderlos ; pero ambas veces vióse obligado a reconocer que sus temores eran infundados. No había visto nada ni a nadie.

Terminado el almuerzo, los comensales se sentaron a la puerta de la humilde vivienda subterránea.

—Ya le escucho, buen Simón—dijo entonces el ingeniero, dirigiéndose al capataz—. ¿Qué noticia de interés es la que tiene usted que comunicarme?

—Señor Starr—repuso el viejo minero—, no son sus oídos los que han de ayudarme en esta ocasión, sino sus piernas y sus ojos. Por lo tanto, si ha descansado usted ya, y desea seguirme, lo conduciré a un sitio donde he descubierto algo que tiene efectivamente sumo interés para todos.

—Sí, ya he descansado—respondió el ingeniero—, y estoy en disposición de acompañarle adonde me quiera usted llevar.

—En ese caso, trae las lámparas de seguridad, Enrique—agregó Simón dirigiéndose a su hijo.

—¡Cómo!—exclamó el señor Starr—. ¿Vamos a alumbrarnos con lámparas de seguridad? ¿Cómo



...el ingeniero, Enrique y el capataz se pusieron en marcha. (Pág. 35.)

no me aconseja también que me ponga un traje de minero?

—Por ahora, no es necesario—repuso el capataz—; pero no pasará mucho tiempo sin que usted se lo ponga, sin necesidad de que yo se lo aconseje.

—Este buen Simón delira—pensó el ingeniero, que se limitó a contestar al capataz con una sonrisa.

Enrique volvió a salir de la choza, en donde acababa de entrar, con tres lámparas de seguridad

encendidas, de las cuales entregó una a su padre y otra al ingeniero, quedándose él con la tercera.

Simón Ford cogió, además, un pico que estaba a la puerta de la choza y, después de recomendar a su esposa Margarita que preparara una cena abundante, el ingeniero, Enrique y el capataz se pusieron en marcha.

Simón iba delante, después seguía el señor Starr, y Enrique, que se había apoderado de un grueso bastón, cerraba la marcha.

Las manecillas del antiguo reloj de madera que había en la sala de la choza señalaban en aquel momento las doce del día.

IV

En Escocia la superstición es una enfermedad endémica, tan generalizada, que no sólo el vulgo ignorante y analfabeto, sino también las personas cultas y medianamente ilustradas creen que las montañas están pobladas de seres quiméricos, que ejercen notable influencia en la vida de los hombres. Funesto error que la Religión condena y que los cristianos rechazan, porque las brujas y los duendes no han existido jamás en otra parte que en la imaginación de las personas impías.

Esto no obstante, en la antigua Caledonia, y es-

pecialmente entre la población minera, está tan extendida la creencia de que existen seres fantásticos, que quien pretendiera convencerles de que están en un error, perdería lastimosamente el tiempo.

En las minas de Aberfoyle, enclavadas en el supersticioso país de las leyendas, ciertos fenómenos físicos, que hasta entonces parecían inexplicables, fomentaban la credulidad pública, que atribuía a los gnomos y fantasmas todo aquello que su inteligencia no acertaba a comprender.

Entusiasta partidario de lo incomprendible y sobrenatural, era Juan Ryan uno de los obreros más supersticiosos de cuantos trabajaban en la mina Dochart; pero no le faltaba ingenio para sacar partido de las leyendas que oía: las versificaba y las cantaba con gran regocijo de sus camaradas que, durante las veladas de invierno, pasaban agradablemente el tiempo escuchándolo.

En cambio, Simón y Enrique Ford, más instruidos o más piadosos que los demás mineros, rechazaban rotundamente las patrañas, negando la existencia de duendes, brujas, hadas y de toda clase de seres fantásticos. Hacían bien y tenían razón, pero su conducta y sus opiniones respecto a este particular no hacían prosélitos.

Por esta razón, sin temor a gnomos ni fantasmas, cuando cesó la explotación de las llamadas Indias Negras, ellos negáronse a vivir sobre la superficie de la tierra y continuaron viviendo en el

subsuelo, con la esperanza, cada vez más firme, de encontrar nuevos filones de carbón mineral.

Inmutables en sus convicciones, uno y otro habían cogido todos los días el pico y la lámpara, durante diez años consecutivos, y tanteando aquí, golpeando allá, habían recorrido infinidad de veces las oscuras galerías subterráneas, sin que en todo aquel tiempo hubieran obtenido éxito feliz en sus incesantes pesquisas ; pero, a pesar de este resultado negativo, tan convencidos estaban ambos de que el depósito carbonífero de Aberfoyle no había sido completamente agotado, que Enrique había prometido a Simón proseguir las investigaciones él solo, si la muerte sorprendía al tozudo capataz antes de que las minas recobraran, por virtud de una nueva explotación, su pasada prosperidad.

Durante aquellas excursiones, había observado Enrique algunos fenómenos, que no acertaba a explicarse de modo alguno ; pero que para él eran debidos a causas naturales, que en vano procuraba descubrir. Unas veces, creyendo oír ruidos producidos por golpes de pico, había acelerado la marcha y, al llegar al lugar de donde creía que habían partido aquellos ruidos misteriosos, nada encontraba que lo sacara de dudas. El túnel estaba desierto. Otras veces, había creído ver pasar una sombra ; pero, al lanzarse tras ella, ésta desaparecía, sin que en la galería en que se encontraba hubiera salida alguna que permitiera a ningún ser humano escapar.

En dos ocasiones, en el transcurso de un mes, Enrique había oído con perfecta claridad el ruido lejano de detonaciones, que a él se le antojaron de cartuchos de dinamita, y, al fin, después de investigaciones minuciosas, consiguió descubrir que una explosión subterránea había desviado un pilar. Puso el caso en conocimiento de su padre, pero ninguno de los dos lograron explicárselo de una manera satisfactoria.

Como el joven minero no creía que los hechos físicos obedeciesen a causas sobrenaturales, acabó por convencerse de que en la mina había personas, cuya existencia no había hasta entonces sospechado siquiera.

La piedra arrojada, aquella mañana, a su paso concluyó de afirmararlo en esta creencia.

—No ha sido efecto de la casualidad— pensaba—, sino una tentativa de asesinato. El hombre desconocido que en la mina vive no quiere bien a mi padre ni a mí. ¿Porqué nos odia? ¿Qué pretende?

Absorto en estos pensamientos, seguía Enrique a su padre y al ingeniero por la galería principal de la mina Dochart, de la que recorrieron un espacio de dos millas, hasta que llegaron a la entrada de un estrecho túnel. Este era una especie de nave de menos altura, que, con escasas variantes, seguía la misma línea trazada a mil quinientos pies de altura por el curso del río Forth.

En aquel momento, Enrique adelantóse a los

otros dos exploradores para alumbrar el camino. De vez en cuando proyectaba la luz de su lámpara sobre las paredes, tratando de descubrir alguna sombra, pero no consiguió ver nada que justificase sus sospechas.

—¿Vamos al extremo del último filón?—preguntó el señor Starr.

—En efecto, allí vamos—respondió el capataz—. Cuando el azadón arrancó el último pedazo de hulla, creí que la mina se quedaba sin alma; pero, después, comprendí que me había equivocado. Los mineros no abandonaron un cadáver cuando salieron a la superficie de la tierra. La mina no había dejado de existir; estaba dormida solamente.

—Hable usted, Simón; explíquese—dijo apresuradamente el ingeniero, a quien la emoción hacía temblar—. ¿Ha descubierto algún nuevo filón? Ya lo suponía, porque su carta no podía significar otra cosa. ¿Qué noticia de interés podía usted comunicarme en la mina Dochart, que no fuera la de que había encontrado una nueva capa carbonífera? ¡Hable, por favor! Lo escucho.

—No he querido revelárselo a otra persona que a usted—repuso Simón, quien se apresuró a agregar—: Pero no he descubierto depósito alguno de carbón, sino la prueba de que existe un depósito.

—Hable, hable; estoy muy impaciente.

—El carburo de hidrógeno no se desprende de las entrañas de la tierra—explicó el viejo Simón—,

si no hay hulla que lo produzca, del mismo modo que no hay humo sin fuego.

—Es evidente—asintió el ingeniero—, porque no existe efecto sin causa. El carburo es incoloro, casi inodoro, y, la mayoría de las veces, sólo se revela su presencia por la explosión que produce. ¿No se tratará de otro gas? ¿Tiene usted seguridad de que es efectivamente carburo de hidrógeno lo que ha descubierto?

—Seguridad absoluta, señor Starr—replicó Simón Ford—. Un minero tan experimentado como yo, no se engaña fácilmente respecto a este particular. Enrique había visto varias veces, durante sus excursiones por la mina, vagos resplandores que se extinguían en seguida y que, en mi opinión, no podían ser producidos más que por la presencia del hidrógeno carbonado. Para cerciorarme de que efectivamente se trataba de este gas, prueba indudable de que existe algún filón de hulla, he provocado pequeñas explosiones parciales.

—¿De qué modo provocaba usted esas explosiones? ¿No arrostraba un gran peligro?

—Señor Starr—explicó el viejo minero—, aunque tiene usted cincuenta y cinco años, no puede haber visto cómo se evitaba antiguamente la explosión de la mina, antes que Davy inventase la lámpara de seguridad que evita todo riesgo a los infelices trabajadores subterráneos.

—No, Simón; no he visto eso, pero no ignoro cómo se hacía.

—Pues yo, aunque sólo tengo diez años más que usted, he visto maniobrar al último *penitente* que hubo en Aberfoyle. Se le llamaba así porque vestía un largo hábito de fraile, pero su verdadero nombre era *fireman* o el hombre de fuego.

—Lo sé perfectamente—dijo el señor Starr—.



En aquel tiempo, se descomponía el gas provocando pequeñas explosiones para evitar las grandes, única manera que había entonces de evitar las catástrofes subterráneas.

—El penitente—continuó explicando el capataz—, envuelto en un sayal, con el rostro enmascarado y con la cabeza cubierta por una capucha,

se arrastraba por el suelo como los reptiles para aspirar el aire puro de las capas inferiores, llevando en la mano una mecha que elevaba cuanto le era posible. Si el carburo estaba mezclado con el aire, producíase una explosión que, generalmente, era inofensiva, evitándose de este modo una espantosa tragedia. A veces moría el *penitente*.

—Por fortuna—repuso el ingeniero—, la lámpara inventada por Davy ha hecho innecesarios a los *penitentes*.

—Pues bien, señor Starr—prosiguió Simón Ford—, yo he empleado el mismo procedimiento para conocer la presencia del carburo de hidrógeno, y, por lo tanto, para tener la prueba de que la mina Dochart no está agotada, porque sin depósito carbonífero no puede haber carburo en estas galerías.

El ingeniero, después de haber oído las explicaciones que le dió el viejo capataz, creyó que las Indias Negras encerraban todavía en su seno riquezas considerables.

Una hora después de haber salido de la choza los exploradores, y cuando ya habían recorrido una distancia de cuatro millas, dijo el viejo Simón, deteniéndose de pronto :

—Aquí es.

Enrique, que precedía a su padre y al ingeniero y que conocía el sitio a que el anciano capataz se proponía ir, habíase detenido también.

En aquel punto, la galería, ensanchándose, for-

maba una especie de caverna que, por no haberse hecho allí ningún pozo, no tenía comunicación directa con la superficie del condado de Stirling.

El señor Starr examinaba detenidamente, y con ojos de perito, el lugar en que se encontraba, y que era el mismo de donde se había arrancado el último pedazo de carbón que la mina Dochart había producido.

—Aquí fué—dijo Simón Ford—donde arrancamos en otro tiempo el último pedazo de hulla y donde encontramos los estratos y la arenisca del terreno terciario ; pero detrás de esta pared de esquisto y a una profundidad que no puedo determinar, hay seguramente un filón carbonífero.

—¿Es aquí—preguntó el ingeniero—donde ha encontrado usted el carburo? ¿En la superficie de estas rocas?

—Sí, señor ; aquí mismo—respondió el capataz—, y, para inflamarlo, me ha bastado aproximar mi lámpara a las capas de los esquistos, a una altura de diez pies sobre el suelo.

El señor Starr, que se había sentado sobre una roca, olfateó durante algunos segundos el aire, y, luego, miró detenidamente a Simón y Enrique Ford, como si dudara de lo que éstos le acababan de decir.

El ingeniero, que tenía un olfato muy delicado, no percibía el ligero olor que despiden el hidrógeno protocarbonado que, como se sabe, no es completamente inodoro.

Entonces, abrió la lámpara de seguridad y el contacto de la llama con el aire no produjo la menor explosión. ¡ Los mineros se habían equivocado ! ¡ Allí no había gas explosivo y, por consiguiente, el supuesto filón carbonífero que pretendía haber encontrado el viejo Simón, no existía más que en la imaginación de éste !

Este resultado negativo sorprendió tan profundamente al capataz y a su hijo, que, no dando crédito a sus ojos, hicieron ellos también el experimento. Elevaron la lámpara para poner la llama en contacto con las capas superiores del aire, la aproximaron a la pared a través de la cual habían advertido la fuga de gas en los días anteriores, pero ni se produjo la menor explosión ni se percibió el ruido especial que suele producir el carburo que se escapa. ¡ Simón y Enrique Ford estaban desazonados !

— ¡ Es inexplicable ! — exclamó el anciano capataz, crispando los puños con cólera.

— ¡ Canalla ! — gritó entonces Enrique, que no había cesado de examinar la pared a la luz de su lámpara.

— ¿ Qué sucede ? — preguntaron ansiosamente Simón Ford y Jacobo Starr.

— Miren ustedes — contestó el joven —. Ha tapado las grietas del esquisto. ¡ Canalla !

— Cierto — dijo el ingeniero palpando la pared en el sitio indicado por Enrique —. Han extendido

una capa de cal y han pretendido disimularla con polvo de carbón.

—¡ Canalla! — volvió a repetir Enrique Ford, cada vez más indignado—. ¡ Desgraciado de él cuando lo coja!

—Pero, ¿de quién hablas?—preguntó el señor Starr.

—¿De quién quiere usted que hable?—repuso



—Ha tapado las grietas del esquisto. (Pág. 44.)

el joven minero—. Del miserable que ha hecho esta picardía, de ese ser misterioso que vagabundea por la mina y a quien he perseguido inútilmente muchas veces. Seguramente él es el autor

del anónimo que usted ha recibido, señor Starr ; él ha arrojado también la piedra que cayó a nuestros pies en la galería del pozo Yarow, y él ha tapado las grietas de la pared por donde se escapa el gas.

—Pues bien—replicó Simón Ford—, no logrará evitar que la mina de Aberfoyle recobre su antiguo esplendor, si es esto lo que se propone. Coge el pico, Enrique ; sube sobre mis hombros y vuelve a abrir las grietas que ese ser misterioso ha tapado.

El joven hizo lo que su padre le acababa de ordenar, dió unos cuantos golpes en la parte de roca esquistosa que había sido tapada, y se produjo un ruido semeajnte al que produce el champaña cuando se escapa de la botella que lo contiene.

Enrique aproximó luego la llama de la lámpara a la grieta de la pared que acababa de abrir, y se oyó una pequeña detonación.

—¡ Hurra !—gritó Simón Ford, palmoteando de alegría, como un chiquillo, mientras el joven saltaba a tierra—. ¡ Ahí está el filón !

—Efectivamente—asintió el ingeniero—, como el hidrógeno protocarbonado no se desarrolla más que en los depósitos de hulla, detrás de esa pared existe una capa carbonífera cuya importancia no es posible determinar ahora. Es necesario rehacer todo el material, porque, abandonado durante diez años, está ya inservible.

—¿ Qué le parece este descubrimiento, señor

Starr?—preguntó, radiante de júbilo, el viejo minero—. ¿Hice mal en decirle que viniera?

—No, amigo mío—respondió el señor Starr, sumamente complacido—. Ha hecho usted perfectamente. Ahora, volvamos a la choza, y mañana volaremos esa pared con dinamita, descubriremos la superficie del filón, lo sondearé y, si es importante, formaré una sociedad por acciones y antes de tres meses habremos arrancado a la Nueva Aberfoyle las primeras toneladas de carbón.

—¿No creerá usted, señor Starr—preguntó algo receloso Simón Ford—, que soy ya viejo para desempeñar el cargo de capataz?

—No, querido Simón—respondió sonriéndose el ingeniero—; no creo eso. Por lo contrario, está usted más fuerte y más ágil que yo, aunque tiene algunos años más.

La alegría del capataz no tenía límites. En cambio, Enrique estaba sumamente preocupado.

—¿Quién tiene interés en que la mina Aberfoyle permanezca sin explotar?—se preguntaba a sí mismo—. Lo ignoro; pero este misterio yo lo descubriré, con la ayuda de Dios.

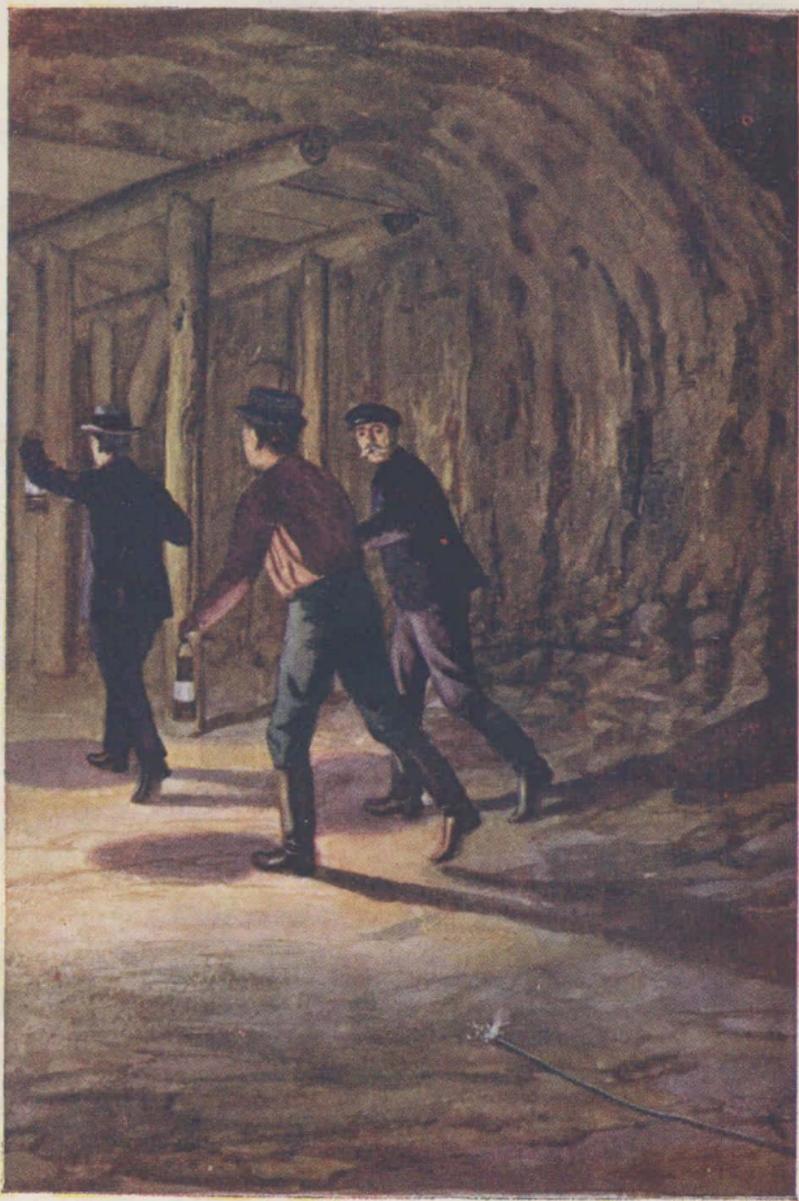
Una hora después, los tres exploradores, de vuelta ya en la choza, tomaban asiento alrededor de la mesa y se disponían a comer con envidiable apetito los succulentos manjares que la bondadosa Margarita les había preparado; pero aquella noche ninguno durmió profundamente. La emoción y el deseo de que amaneciera los desvelaron.



Al día siguiente, Jacobo Starr, Simón y Enrique Ford, y hasta la misma Margarita, cargados de cartuchos de dinamita y de herramientas, emprendieron el camino que los tres primeros habían recorrido ya la víspera. Todos iban alegres y animosos, y Enrique llevaba, además de los efectos dichos, un gran farol de seguridad que podía alumbrar durante doce horas.

Cuando llegaron al extremo de la galería, Simón Ford, que era de todos el que estaba más impaciente, blandió con vigor una pesada palanca y atacó a la pared, de la que saltaron algunos pedazos de roca.

Margarita tomó asiento observando con aten-



...encendiendo la mecha, y, juntamente con los demás,
se retiró a distancia conveniente... (Pág. 49.)

ción e interés la excavación y la muralla que iba a ser derribada.

Enrique empuñó otra palanca para ayudar a su padre, trabajando uno y otro con tanto entusiasmo, que, una hora después, estaban colocados los cartuchos de dinamita que habían de provocar la voladura de la masa de esquisto.

—¡ En el nombre de Dios!—dijo Enrique encendiendo la mecha, y, juntamente con los demás, se retiró a distancia conveniente para evitar los efectos de la explosión de la dinamita, que no se hizo esperar.

Momentos después, oyóse un trueno sordo, que se propagó por el laberinto de las galerías subterráneas, y Simón y Enrique Ford, el señor Starr y Margarita corrieron anhelantes hacia la pared que acababa de ser perforada.

—¡ Loado sea Dios, señor Starr!—gritó entusiasmado el anciano capataz—. Mire usted : la dinamita nos ha abierto la puerta.

Y tenía razón. Ante los ojos asombrados de los cuatro expedicionarios, abríase, en la pared derruida por la dinamita, un enorme agujero, cuya profundidad no podía apreciarse a primera vista.

—¡ Ya tenemos abierta la puerta!—exclamó Simón Ford, adelantándose hacia el agujero.

—¡ Calma, amigo, calma! — repuso el señor Starr, agarrando al viejo minero por un brazo—. Es preciso esperar que el aire se renueve, porque las exhalaciones mefíticas podrían matarnos.

—Tiene usted razón—asintió el capataz—. Esperaremos.

Transcurrió un cuarto de hora, que para los impacientes expedicionarios tuvo la duración de un siglo, y, cuando éstos creyeron que ya no corrían peligro de asfixiarse, Enrique, con el farol en la mano, entró resueltamente y desapareció en las profundas tinieblas de la cavidad, mientras Simón, Margarita y el señor Starr permanecieron inmóviles esperando el resultado de la exploración del joven.

Enrique no tardó más de un minuto en explorar la sombría caverna ; pero este brevísimo espacio de tiempo pareció interminable a los que esperaban el regreso del joven.

—¿Qué habrá ocurrido? — preguntábase con inquietud el anciano capataz—. ¿Habrá tenido Enrique la desgracia de caer en alguna sima? ¡ Oh, Dios mío, Dios poderoso, salva a mi hijo !

Simón, acuciado por el temor de una desgracia, disponíase ya a pasar por el agujero, cuando descubrió el vago resplandor de la lámpara de Enrique y oyó la voz de éste, que decía :

—¡ Señor Starr, padre, vengan pronto ! El camino de la Nueva Aberfoyle está completamente libre.

V

Jacobo Starr, Margarita y Simón Ford precipitáronse por el agujero que ponía en comunicación la vieja mina con la nueva, y se encontraron en una galería que, más que obra de la Naturaleza, parecía haber sido abierta por la mano del hombre.

Si el ingenio humano hubiera podido, con ayuda de algún ser sobrenatural, levantar de pronto la corteza terrestre que hasta mil pies de profundidad, sostiene los lagos, ríos, golfos y tierras ribereñas de los condados de Stirling, de Dombarton y de Renfrew, en Escocia, habría encontrado una inmensa excavación natural tan asombrosa, como no existe otra igual en el mundo, a no ser la notable gruta de Mamuth, en Kentucky, en la que, en una extensión de más de veinte millas, hay doscientas veintiséis calles, once lagos, siete ríos, ocho cataratas, treinta y dos pozos insondables y cincuenta y siete bóvedas.

En esta excavación era donde acababan de entrar los exploradores subterráneos en busca del depósito carbonífero que con tanto afán había buscado durante diez años consecutivos el honrado minero Simón Ford.

Era un laberinto de galerías, unas más altas que otras, como las bóvedas de una catedral, sostenidas por columnas de areniscas y rocas estratificadas, de caprichoso estilo arquitectónico tan admirable y perfecto como obra del mismo Dios. Esta maravilla del subsuelo escocés, que Jacobo



Starr y los que le acompañaban contemplaban con asombro a la luz de las linternas, proclamaban la grandeza y poder del Creador.

Entre las capas de areniscas y rocas estratificadas, había venas riquísimas de carbón de hulla, como si la sangre negra de la mina circulara a través de la red inextricable de conductos, en una

extensión de cuarenta millas de Norte a Sur, hasta penetrar bajo el canal del Norte.

El capataz Simón Ford había hecho el descubrimiento, y a él pertenecía la propiedad de esta inmensa riqueza; pero al anciano minero ni siquiera se le ocurrió la idea de reclamar una sola de las acciones que debían emitirse para constituir la sociedad explotadora de la Nueva Aberfoyle. Le bastaba la satisfacción de haber contribuido a que la comarca recobrase sus antiguas animación y prosperidad.

Al penetrar en la excavación natural, cuya entrada les había franqueado la dinamita, los exploradores anduvieron, al principio, con cierta lentitud por temor a las emanaciones mefíticas; pero, al advertir que el aire circulaba libremente, prosiguieron con resolución recorriendo una larga y ancha galería, que terminaba en una enorme caverna de altura y profundidad incalculables.

A la luz de la lámpara, vieron que la cúpula de aquella excavación cubría una considerable extensión de agua, cuyo límite se perdía en la obscuridad.

—Descansemos un rato—aconsejó el ingeniero—, porque mis piernas lo necesitan.

—Dispense, señor Starr—dijo Simón Ford—, que insista en la pregunta que le hice antes. ¿Es o no interesante lo que, como le anuncié en mi carta, le tenía que comunicar?

• —Tan interesante—respondió el ingeniero—,

que es ésta la alegría mayor que he experimentado durante toda mi vida. A juzgar por lo que he visto en esta rápida exploración, hay aquí elementos suficientes para estar sacando riquezas durante siglos enteros. Sus nietos, amigo Simón, no podrán ver arrancar el último trozo de hulla de la Nueva Aber-



foyle. En cuanto a la calidad del carbón, nada puedo decir todavía.

—¡ Oh! —exclamó el capataz—. ¡ La calidad es excelente! Va usted a convencerse ahora mismo.

Y, al decir esto, arrancó con el pico un pedazo de roca negra.

—Mire usted—agregó mostrando al ingeniero el carbón que acababa de arrancar—. Es una hulla

grasa y lustrosa, que podrá arrancarse en grandes masas y casi sin polvo.

—¡Silencio!—exclamó Enrique de pronto—. Escuchen ustedes.

Jacobo Starr, Simón Ford y Margarita prestaron atención y oyeron un sordo ruido que semejaba un murmullo lejano, y que, al parecer, procedía de las capas superiores de la roca.

—¡Oh!—exclamó el capataz—. ¿Han empezado ya a rodar los vagones sobre los raíles de la Nueva Aberfoyle?

—El ruido que percibimos—dijo Enrique—es muy semejante al que producen las aguas cuando pasan cerca de una orilla.

—Eso es imposible—repuso el capataz—, porque no estamos debajo del mar.

—Pero es probable que estemos debajo del lago Katrine—explicó el ingeniero—, y, como la bóveda tiene muy poco espesor en este sitio, y, en la superficie de la tierra, reina ahora un tiempo infernal, las aguas deben tener el mismo movimiento que las del golfo de Forth.

—De todos modos—replicó Simón Ford—, el filón carbonífero es excelente, y no importa que se encuentre bajo el suelo de un lago. Aunque tuviéramos que explotar las profundidades del Océano, no desistiríamos.

—Tiene usted razón, amigo—asintió el señor Starr—. No desistiríamos, aunque fuera necesario construir las galerías bajo las aguas del mar ;

pero, por ahora, dejemos aquí los picos y volvamos a la choza. Ya vendremos otro día con una brigada de trabajadores y con todas las herramientas necesarias para empezar la explotación de la Nueva Aberfoyle.

Y, efectivamente, por el momento, no era posible hacer otra cosa.

Los expedicionarios emprendieron el viaje de regreso, siguiendo, en dirección contraria, la galería que a través de la roca se extendía hasta la abertura practicada en la pared por la dinamita.

Enrique, que iba delante, levantaba la lámpara sobre su cabeza para iluminar el camino, siguiendo con gran cuidado la galería principal, sin penetrar en ninguno de los túneles estrechos que había a derecha e izquierda.

Una milla, poco más o menos, habían recorrido los exploradores, cuando un rápido soplo de aire, que pareció que era producido por el movimiento de alas invisibles, azotó de costado la lámpara de Enrique, a quien se le escapó de las manos, estrellándose en el suelo pedregoso.

Los expedicionarios quedaron completamente a oscuras.

—¡ Oh !—exclamó el viejo capataz—. Vamos a rompernos la crisma si tenemos que recorrer sin luz todo el trayecto que hay desde aquí a la choza.

Enrique guardó silencio ; pero, convencido de que el incidente había sido provocado por el ser misterioso que, según su creencia, habitaba en la

mina, se preguntaba quién podía tener interés en evitar la explotación de la Nueva Aberfoyle.

—¡ Adelante !— prosiguió Simón Ford—. Caminaremos a tientas como los ciegos ; pero vayamos tranquilos porque no podemos extraviarnos. Siguiendo la galería principal, que es recta hasta el agujero por donde hemos entrado, sin hacer caso de los túneles que se abren a derecha e izquierda, llegaremos a la choza, sin el menor contratiempo. Enrique irá delante, el señor Starr detrás de él, después Margarita, y yo cerraré la marcha, tocándonos unos a otros.

Como este consejo del experto capataz pareció bueno a todos, se puso en práctica inmediatamente, reanudando la marcha en el orden indicado.

Los cuatro exploradores caminaban en silencio, pero los cuatro pensaban en el enemigo invisible, que no cesaba de crearles dificultades. ¿Qué se proponía? ¡ Misterio ! Los exploradores no podían adivinarlo, porque suponer que se pretendía evitar la explotación de la mina parecía un absurdo, y, sin embargo, a este fin tendían todas las dificultades que se les creaban.

Jacobo Starr, Simón Ford, Margarita y Enrique estaban preocupados. El joven avanzaba con los brazos extendidos, tocando sucesivamente una y otra pared de la galería, reconociendo, al tacto, todas las sinuosidades y aberturas de los pequeños túneles.

Este viaje angustioso a través de las tinieblas duró dos horas.

Cuando el ingeniero, suponiendo que, a juzgar por el trayecto recorrido, debían estar ya cerca de la abertura practicada por la dinamita, se disponía a preguntar cuándo salían de aquel antro tenebroso, Enrique se detuvo lanzando una exclamación de sorpresa.

—¿Qué?—preguntó Simón Ford—. ¿Hemos llegado al fin de la galería?

—Sí—repuso el joven con voz angustiada—; pero no encuentro el agujero que pone en comunicación la Nueva Aberfoyle con la antigua mina Dochart.

El viejo capataz avanzó algunos pasos, palpó la roca esquistosa y sus manos crispadas sólo encontraron la superficie de una pared.

Simón Ford exhaló un grito de rabia y de desesperación.

¿El agujero, abierto por la dinamita, había sido cerrado nuevamente? ¿Los exploradores se habían extraviado en su viaje de regreso? ¡Misterio! ¡Siempre lo misterioso, lo desconocido o lo inexplicable en la Nueva Aberfoyle!

Jacobo Starr, Simón Ford, Margarita y Enrique se encontraron presos en aquella galería subterránea, sin luz, sin alimentos y sin otra esperanza de salvación que la que les inspiraba su fe inquebrantable en la omnipotencia de Dios.

VI

En la sociedad no pasa jamás inadvertida la desaparición de un miembro importante, y, por esta razón, la ausencia del sabio ingeniero Jacobo Starr empezó a preocupar a las gentes en Edimburgo a los ocho días de haber salido éste de la citada población.

Los amigos del ingeniero, temerosos de que le hubiera ocurrido alguna desgracia, lo buscaron por todas partes, y sólo consiguieron averiguar que se había embarcado en Granton en el vapor *Principe de Gales* y que había desembarcado en Stirling; pero, como se sabía que no encontraba placer alguno en visitar las minas de Aberfoyle, donde no había vuelto a poner los pies desde que quedaron agotadas, nadie supuso que hubiera ido allí.

Esto no obstante, se hicieron algunas pesquisas en las inmediaciones; pero los agentes enviados en su busca no encontraron el menor rastro de él.

Como las autoridades y personas influyentes de Edimburgo eran amigos del ingeniero, no desistieron de su propósito de encontrar al desaparecido y, al efecto, se publicó en todos los periódicos del reino y se fijó en los sitios públicos el siguiente aviso:

«Desconociéndose el paradero del ingeniero Jacobo Starr, que el día 4 de diciembre último embarcó en el muelle de Granton en el vapor *Principe de Gales* y desembarcó en Stirling en el mismo día, se ruega a las personas que tengan noticia de la suerte que este sabio eminente haya corrido, la comuniquen al presidente del Instituto Real de Edimburgo.»

Pero ese aviso también resultó ineficaz; nadie recordaba haber visto, después de la fecha indicada, al ingeniero. El único que lo había encontrado en las escalas del pozo Yarow en las minas de Aberfoyle había sido Juan Ryan, y éste, que trabajaba en la hacienda de Melrose, en el condado de Renfrew, ignoraba la inquietud que la desaparición de Jacobo Starr había ocasionado.

Pero si al alegre joven Juan Ryan no le preocupaba la desaparición del ingeniero, por desconocerla, lo puso, en cambio, de mal humor la falta de asistencia de su amigo Enrique Ford a la fiesta del clan de Irvine.

Enrique había aceptado la invitación y prometido que concurriría, y Juan Ryan, que conocía la formalidad, jamás desmentida, de aquél, supuso que, al no asistir, se encontraba enfermo.

Este hecho le preocupó tanto, que, por primera vez en su vida, olvidó una canción que había cantado con mucha frecuencia y quedóse parado en un baile en que se hacía aplaudir siempre.

Juan Ryan resolvió, pues, tomar al día siguiente de la fiesta el tren de Glasgow para ir a la mina Dochart, con objeto de conocer la causa que había impedido a Enrique Ford cumplir su promesa de asistir al baile de Irvine; pero, como el hombre propone y Dios dispone, fué imposible al simpático joven emprender el viaje proyectado.

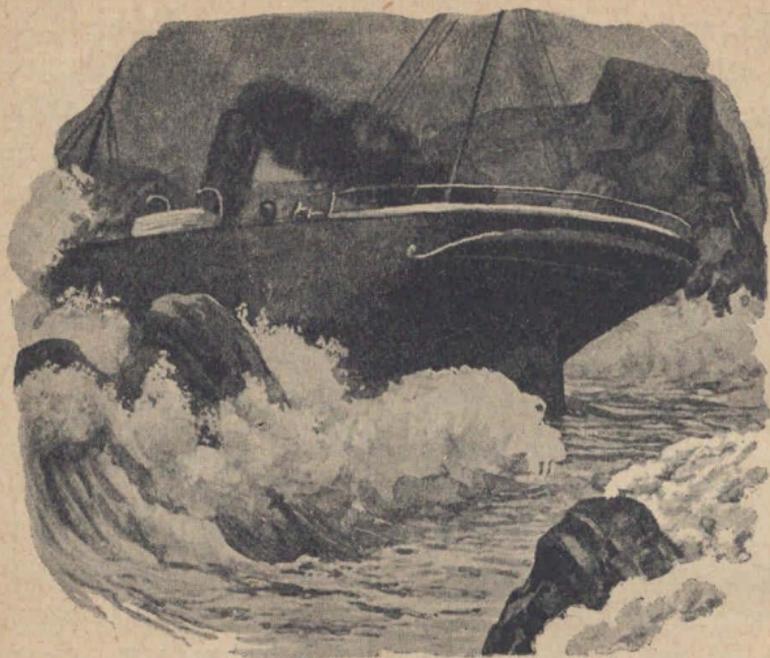
Aquella misma noche del 12 de diciembre, mientras se celebraba la velada con que solía terminar la fiesta del clan de Irvine, oyéronse de pronto en la hacienda de Melrose gritos de angustia que demandaban socorro.

Era una noche borrascosa. Espesas brumas rodaban sobre las olas, y el cielo y la tierra se confundían en las sombras. A causa de la obscuridad, un buque acababa de estrellarse contra unas rocas y los infelices náufragos gritaban pidiendo socorro.

Juan Ryan y los que con él celebraban la velada de la fiesta de Irvine corrieron presurosos a la playa, y, a pesar de la tempestad que en aquellos momentos se desencadenaba, se apresuraron a prestar auxilio a los infelices que luchaban contra la muerte.

El peligro no les intimidó, y los náufragos fueron salvados; pero casi todos resultaron heridos en la lucha contra los elementos.

Juan Ryan fué uno de los que más se distinguieron en el salvamento, pero el generoso joven vióse obligado después a guardar cama durante algunos días, y, por esta circunstancia, no pudo



...un buque acababa de estrellarse contra unas rocas... (Pág. 61.)

ir al día siguiente de la fiesta de Irvine a visitar a su amigo Enrique Ford, como se había propuesto.

La noticia de este naufragio y del generoso comportamiento de los salvadores propagóse rápidamente por todo el reino, y Juan Ryan, suponiendo que su amigo Enrique Ford se habría enterado del suceso, esperó inútilmente su visita.

Cuando, pasados dos días, se convenció de que Enrique no iría a visitarlo, no pudiendo dudar de su afecto, no le quedó ya la menor duda de que le había ocurrido una desgracia.

Juan Ryan habría negado antes la existencia de los duendes, a pesar de su convicción profundísima de que estos seres misteriosos ejercían notable influencia en los acontecimientos humanos, que creer en el desamor de su amigo Enrique.

Por este motivo, antes de restablecerse por completo, Juan Ryan abandonó la hacienda de Melrose y se encaminó a la estación ferroviaria de Stirling y Callander.

Mientras esperaba la salida del tren en que se proponía hacer el viaje, vió un cartel colocado profusamente sobre las paredes y experimentó deseos de leerlo.

Era el aviso de las autoridades de Edimburgo,



dando cuenta de la desaparición del sabio ingeniero Jacobo Starr y solicitando noticias de su paradero.

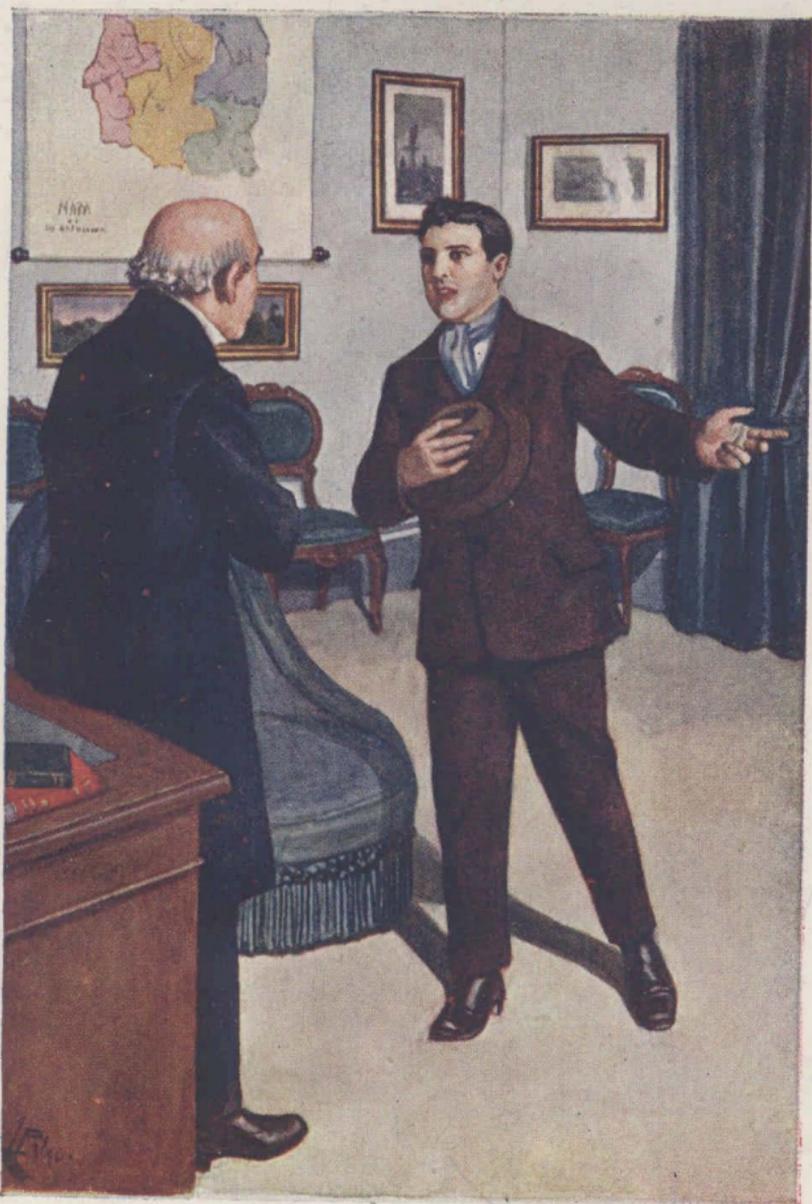
—¡ El señor Starr !—exclamó el joven, grandemente sorprendido al conocer el texto del cartel—. Precisamente el 4 de diciembre fué el día que lo encontré en el pozo Yarow con mi amigo Enrique. ¡ Oh ! La desaparición del señor Starr puede obedecer a la misma causa que ha impedido a Enrique Ford concurrir a la fiesta de Irvine.

Y, nervioso e impaciente, subió al tren que, tres horas más tarde, lo dejaba en la estación de Callander.

El joven, al apearse, partió con la velocidad del relámpago hacia la mina, empleando la mitad del tiempo que otras veces en llegar al pozo Yarow, cuyo aspecto exterior no había sufrido la menor variación.

Todo estaba igual que como él lo había dejado la última vez que estuvo allí. El mismo silencio, igual soledad, la misma falta de seres vivientes en aquel desierto ennegrecido por los residuos del carbón que en otros tiempos había constituido la riqueza de todo el condado.

Juan Ryan penetró bajo el techado que cubría la entrada del pozo y sondeó con la vista la profundidad ; pero sus ojos no distinguieron nada ni a sus oídos llegó el más insignificante rumor. El silencio y la obscuridad reinaban en el fondo del pozo.



A media tarde se encontraba ya Juan Ryan en presencia del lord preboste... (Pág. 66.)

—¡ Se han llevado mi lámpara !—exclamó, al advertir que había desaparecido del rincón en que, cerca de la meseta superior de la escala, solía dejar el artefacto con que se alumbraba cuando iba a visitar a su amigo Enrique—. ¡ Qué contrariedad !

Esto no obstante, Juan Ryan no vaciló, y empezó a bajar por la serie de escalas que conducían al fondo del pozo, diciendo :

—Aunque haya más obscuridad que en las cuevas del infierno, bajaré. Necesito averiguar si le ha ocurrido alguna desgracia a esta familia y acudir en su socorro, si lo necesita.

Como sabía que el número de tramos que necesitaba bajar para poner los pies en el suelo de la mina era el de treinta y tres, descendía contándolos y con suma prudencia, pues un paso en falso le podía ocasionar la muerte.

Y así bajó veintiséis escalas, pero no pudo proseguir el descenso porque la escala veintisiete había desaparecido.

—¡ Oh !—exclamó estremeciéndose—. ¡ Por aquí han pasado los fantasmas ! Si yo no puedo bajar, es evidente que Enrique ni su familia han podido subir, y como no hay otro medio de comunicación que éste entre la superficie de la tierra y el fondo de la mina, mis amigos deben encontrarse en una situación muy angustiosa. ¡ Que Dios los proteja, porque sin la protección divina seguramente habrán perecido por falta de víveres !

Después de reflexionar de este modo, comprendió que él solo nada podía hacer para auxiliar a la familia Ford e, inclinándose hacia el abismo, gritó con voz estentórea repetidamente :

—¡ Enrique ! ¡ Enrique !

Pero a este llamamiento sólo respondió el eco repitiendo sus voces, que se extinguieron en las profundas galerías de la mina.

El joven subió rápidamente las escalas, salió a la superficie y se encaminó a la estación de Callander, de donde, a los pocos minutos de haber llegado él, partió el tren expreso que lo condujo a Edimburgo.

A media tarde se encontraba ya Juan Ryan en presencia del lord preboste de la capital, a quien notificó detalladamente cuanto sabía de la desaparición del ingeniero Jacobo Starr y de la familia Ford.

El presidente del Instituto Real de Edimburgo, colega e íntimo amigo del sabio ingeniero, en cuya busca había practicado y hecho practicar incesantes gestiones, fué informado inmediatamente de la declaración prestada por Juan Ryan, y, a sus instancias, se le confió la dirección de los trabajos que debían efectuarse en la mina Dochart para averiguar la suerte que habían corrido las personas desaparecidas, si efectivamente se encontraban donde se suponía.

Al efecto, pusieron las autoridades a la disposición del citado presidente una brigada de obre-

ros, y, provistos de lámparas, picos, escalas de cuerdas, víveres y cordiales, encamináronse todos a la mina de Aberfoyle, guiados por el joven minero Juan Ryan.

Aquella misma tarde llegaron a la entrada del pozo Yarow, y, uno tras otro, bajaron hasta la



escala veintisiete, donde Juan Ryan se había visto obligado a detenerse pocas horas antes.

Ataron las lámparas al extremo de largas cuerdas, y, a su luz, se examinó la profundidad del pozo, adquiriéndose la certidumbre de que faltaban las últimas escalas y de que la comunicación del interior de la mina con la superficie de la tierra había sido cortada intencionalmente.

—¡La duda es imposible!—exclamó Juan Ryan, ante el resultado de aquella primera exploración—. ¡Los fantasmas han pasado por aquí!

—¿Los fantasmas?—preguntó el presidente del Instituto Real de Edimburgo—. ¿Qué fantasmas?

—Los fantasmas enemigos de la familia Ford o, quizá, del señor Starr. Ellos son los que han cortado las escalas.

Al oír esta absurda explicación, mister Elfiston, presidente del Instituto Real, abrió extremadamente los ojos, como quien no comprende lo que se le dice y desea comprender.

—Sí, señor; los fantasmas—insistió el joven Ryan—. Todos los hombres tenemos, entre los seres misteriosos que habitan en las tinieblas, en los abismos y en las ruinas, amigos y enemigos, que de vez en cuando se complacen en favorecernos o en perjudicarnos...

—¡Bah, bah!—exclamó mister Elfiston—. No crea usted en esas paparruchas, a las que sólo da crédito la gente irreligiosa y falta de toda cultura. Dios prohíbe la superstición, y usted, que es un joven ilustrado, no debe ser supersticioso.

—Bien, señor Elfiston—replicó Juan Ryan, para terminar aquella discusión en la que estaba seguro de que no había de quedar convencido—; estamos perdiendo el tiempo, y es posible que la vida de nuestros amigos dependa de los minutos que tardemos en encontrarlos.

—Cierto, joven, cierto—asintió el presidente

del Instituto Real de Edimburgo, que inmediatamente después ordenó que se fijaran a la meseta en que los exploradores se encontraban las escalas de que iban provistos.

Las mesetas inferiores no habían sido destruídas, y el descenso al fondo de la mina pudo efectuarse, aunque no sin alguna dificultad.

Inútil es decir que Juan Ryan fué el primero que bajó.

—¡Las escalas han sido quemadas!—exclamó el joven tan pronto como hubo descendido—. ¡Todavía hay aquí algunos pedazos!

—Efectivamente — asintió míster Elfiston —, las cenizas están aquí; pero no creo que el señor Starr haya querido cortar la comunicación con el exterior.

—No—replicó el joven minero—, no ha sido el señor Starr quien ha quemado las escalas. Esto no pueden haberlo hecho más que los duendes.

—Joven—amonestó severamente el presidente del Instituto Real de Edimburgo—, ya le he dicho que la superstición es un pecado del que se ha de pedir perdón a Dios.

Juan Ryan no contestó.

—A la choza, vamos a la choza de la familia Ford—agregó míster Elfiston—, y allí nos enteraremos de lo que ha ocurrido.

Juan Ryan cogió la lámpara que tenía en la mano uno de los agentes que la autoridad había puesto a la disposición del presidente del Instituto

Real de Edimburgo, e, indicando que lo siguieran, avanzó por la galería principal de la mina.

Quince minutos después, llegaron todos a la choza que servía de morada a la familia Ford, y que, a la sazón, estaba abandonada.

Juan Ryan abrió bruscamente la puerta y se



precipitó dentro, seguido por míster Elfiston y algunos otros exploradores.

Recorrieron las habitaciones en busca de algún indicio que les revelara el misterio que trataban de desentrañar, y no encontraron a nadie; pero tampoco advirtieron ningún desorden.

Sin embargo, aquella exploración no fué com-

pletamente ineficaz, porque Margarita acostumbraba señalar en su calendario de pared, con una cruz, los días conforme iban transcurriendo, y el último día señalado era el 6 de diciembre, o sea el posterior al de la llegada de Jacobo Starr.

Era evidente, pues, que Simón, Margarita y Enrique Ford faltaban de la choza desde la fecha indicada.

¿Podía explicar esta ausencia de diez días un registro más minucioso de la choza? Juan Ryan y mister Elfiston opinaron que nada más se averiguaría allí, y los exploradores decidieron registrar toda la mina, procediendo inmediatamente a efectuar esta operación.

El resplandor de las lámparas que llevaban algunos agentes de la autoridad semejaban puntos luminosos en medio de las profundas tinieblas que los rodeaban.

—¡Allí! ¡allí!—gritó de pronto Juan Ryan, señalando un resplandor bastante vivo que se agitaba en la tenebrosa oscuridad de la galería, y a no pequeña distancia de donde los exploradores se encontraban—. ¡Es un fuego fantástico!

—Corramos todos tras él—replicó mister Elfiston.

—Es inútil—dijo Juan Ryan—. No lo alcanzaremos por mucho que corramos.

Pero mister Elfiston que, como buen cristiano, no creía en la existencia de los duendes y fantasmas, no hizo caso de la objeción del joven minero



—¡Allí! ¡allí!—gritó de pronto Juan Ryan... (Pág. 71.)

y corrió en la dirección indicada por la luz móvil, siendo seguido por los demás exploradores.

Juan Ryan, a pesar de lo que acababa de decir, corrió también y no se quedó el último.

El foco luminoso, que parecía ser conducido por una persona de poca estatura, desaparecía a cada momento, para volver a aparecer en una galería transversal; pero, por mucho que corrieran los perseguidores, siempre se mantenía a la misma distancia.

A veces, cuando se creía que había desaparecido por completo, la luz móvil lanzaba un vivo resplandor, como si el que la llevaba deseara que

los que iban tras él no dejaron de seguirlo por las tenebrosas galerías de las minas.

En aquella persecución larga y difícil, los exploradores no adelantaban nada, por lo que Juan Ryan persistió en su creencia de que jamás alcanzarían a la persona que parecía pretender conducirlos a determinado lugar de aquel dédalo subterráneo.

Una hora después, durante la cual los perseguidores habían penetrado en la región sudoeste de la mina Dochart, algunos empezaron a participar de la creencia de Juan Ryan de que efectivamente era un ser fantástico e incorpóreo el que los conducía; pero, de pronto, pareció acortarse la distancia que separaba de la luz a los exploradores, y éstos apresuraron el paso con la esperanza de alcanzarla.

El ser que llevaba la luz llegó a encontrarse a cincuenta pasos de los perseguidores, y, a esta distancia, volvió la cabeza varias veces, convenciéndose entonces Juan Ryan de que no era un duende sino una persona humana quien de aquella manera les hacía correr.

De pronto se extinguió la luz movible, y los perseguidores, corriendo tras aquel ser incomprendible, llegaron a una estrecha abertura practicada entre las rocas esquistosas del extremo de un ramal de la galería.

Los perseguidores entraron en la nueva vía,



abierta a su paso, y, momentos después, todos se detuvieron, estremecidos de espanto.

—¡ Jacob Starr!—exclamó mister Elfiston.

—¡ Enrique!—gritó Juan Ryan.

—¡ Cuatro muertos!—dijeron los demás exploradores.

Efectivamente, el sabio ingeniero, Simón, Margarita y Enrique Ford encontrábase allí tendidos y, al parecer, inanimados.

Uno de aquellos cuerpos se incorporó un poco y murmuró con voz débil, que era casi ininteligible :

—¡ Cuiden primero a ellos!

Era la bondadosa Margarita, que en aquellas

tristes circunstancias se preocupaba por la suerte de las personas queridas más que por la suya propia.

Los exploradores se apresuraron a hacer tragar al ingeniero y a la familia Ford algunas gotas de esencias cordiales, que reanimaron un tanto a los moribundos.

Aquellos cuatro infelices, secuestrados durante diez días en la Nueva Aberfoyle, estaban muriéndose de hambre, y si los exploradores llegaron a encontrarlos vivos debióse, según dijo luego Jacobo Starr a míster Elfiston, a que tres veces ha-



...pasándolos por el estrecho agujero abierto en la roca... (Pág. 76.)

bían encontrado cerca de sí un pan y un cántaro.

Seguramente a la persona que había acudido en su socorro le había sido imposible hacer más en su favor.

—¡ Oh !—exclamó míster Elfiston, al oír esto—. La persona que los ha socorrido debe ser la misma que de manera tan ingeniosa nos ha conducido a nosotros hasta este lugar, donde nos habría sido muy difícil encontrarlos.

—¡ Que Dios le pague esta buena acción !—murmuró Margarita.

—¡ Duende o persona humana, quienquiera que seas, yo te bendigo por habernos guiado hasta aquí para que salváramos a estos cuatro desgraciados !—exclamó Juan Ryan.

—No, amigo mío—protestó el anciano Simón Ford—; no demos gracias más que a Dios, a quien debemos en primer lugar el habernos librado de la muerte por ahora. Dios lo ha hecho todo, porque no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad divina, y Dios ha sido indudablemente quien ha inspirado la idea de que nos salvara a la persona que ha conducido a ustedes hasta aquí.

—Sí, bendigamos a Dios—asintieron todos los oyentes.

El ingeniero, Margarita, Simón y Enrique Ford fueron conducidos a la choza, pasándolos por el estrecho agujero abierto en la roca, por donde el portador de la luz movable había indu-

cido a pasar a los exploradores que acudieron en socorro de los cuatro secuestrados.

Estos no habían encontrado la entrada de la galería, abierta por la dinamita, porque manos enemigas habían tapiado sólidamente aquel orificio, mientras ellos exploraban la vasta cripta.

¿Quién habitaba las galerías de la mina? ¿Quién tenía interés en evitar la explotación del nuevo y rico filón carbonífero, descubierto por Simón Ford? ¿Quién era el ser misterioso que había acudido en socorro de los cuatro secuestrados?

Preguntas eran éstas que todos se hacían y a las que ninguno sabía responder.

¡Misterio! Todo era misterio en la mina de Aberfoyle, por lo que no tenía nada de extraño que Juan Ryan, que era muy supersticioso, atribuyera a los duendes los hechos inexplicables que en las entrañas de la tierra se habían desarrollado, pero que los lectores verán perfectamente esclarecidos en la segunda parte de esta curiosa e interesante novela.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

La acción de ~~esta novela~~ continúa en la segunda parte titulada:

EL ÚLTIMO PENITENTE

BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|----------------------------------------|-----------------------------------------------|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Paquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de
Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del ro-
ble. |
| 9. Juegos y hazañas de ani-
males. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen
(tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen
(tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinsón. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del blo-
queo. |
| 16. Mimos de niña. | 39. Una ciudad flotante (pri-
mera parte). |
| 17. El instinto de los ani-
males. | 40. Una ciudad flotante
(segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de anima-
les. | 43. Las Indias negras (1.ª parte) |
| 21. La pícaro vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte) |
| 22. Un Charlot del mundo
animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doc-
tor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |